

Educación sentimental

Cuarta
lección
inaugural.

5

A mis maestros.
A mis estudiantes.

La querida amiga y compañera Eneida Vázquez me ha pedido vía telefónica, inaugurar nuestro nuevo año académico con una "lección" para los estudiantes que se estrenan en la faena universitaria. Para animarme a acometer tan singular empresa, la dinámica DIRECTORA ME INFORMA que los anteriores "inauguradores" han sido don Pepe Echevarría, Magali García Ramis y Ana Lydia Vega. Las familiares y molestosas lloviznas en las retorcidas líneas de "nuestra telefónica" se dejaron sentir ante mi inevitable silencio. Tras largos segundos de meditación acelerada (¿Qué significa educarse? ¿Cómo definir el proceso educativo?...) acepté gustoso. A las tres horas, más resignado que sosegado, enfrenté con entereza mi triste realidad... Concluí que lo mejor era abordar el tema de la manera menos complicada y pretenciosa posible, procurando dosis razonables de humor y amenidad, y colando, entre col y col, anécdotas y reflexiones que ayudaran a entender eso que llamamos proceso educativo; concepto que nos puede resultar antipático y confuso, debido al cantaleteo pedagógico y a la ambigüedad semántica que siempre lo acompañan. Pensé: llevo más de la mitad de mi vida vinculado a instituciones encargadas de educar a este pueblo... Algún comentario pertinente podré aportar después de todo... Por

otro lado, me rehúso a despachar recetas definidoras y definitivas sobre el particular... Prefiero mejor demostrar mediante la exposición de experiencias personales lo que significa para mí educarse. Eso haré, me dije alivado y me senté a redactar estas líneas... Pero para no importunarlos más con razonamientos que me alejan de los objetivos metodológicos que acabo de proponer, me persigno y me encomiendo a todos los santos, como hace el vapuleado Rocky antes de medirse al adversario de turno, y arranco.

Nací en Bayamón el 4 de enero de 1948. Mi familia vivía en Naranjito, un pueblito del interior donde las oportunidades de empleo eran escasas. Buscando nuevo ambiente, mi padre, Juan Antonio, agarró "los bártulos" y cargó con nosotros: Gloria Esther, mi madre, quien para entonces era apenas una muchacha recién graduada de Escuela Superior, mi hermano menor Paco, y yo. Río Piedras resultó ser el lugar elegido, no tanto por representar la relativa prosperidad económica de los años '50, como por contar con la universidad del estado, a donde ingresa mi progenitora, y por ser el distrito al cual mi padre fue trasladado como policía estatal. Recuerdo como ahora los campanazos emitidos por aquella incomprendible Torre universitaria que mis ojos asombrados captaban a la distancia, por sobre la baranda del balcón ubicado en un segundo nivel, y la voz alarmada de mi abuela a mis espaldas, quien corría a separarme del peligro con un pellizco y un regaño.

Transcurrieron muchos años y sucedieron muchas cosas antes de mi reencuentro con la Torre melodiosa: breve y dolorosa

estadía en el barrio puertorriqueño de Nueva York; regreso forzoso a Naranjito; infancia solitaria e inestable en una urbanización de Bayamón; cauteloso espectador de guerras entre pandillas en los grados de Intermedia; receloso observador del nefasto surgimiento de la droga en la Escuela Superior.

Aterríqué en la IUPI a los dieciséis años con la cabeza llena de dudas y el pecho medio apretado. Me refugié en el Centro de Estudiantes: fluctuaba entre el comedor y la sala de juegos. La universidad me asustaba porque, por un lado, era un mundo ancho y ajeno, y por el otro, un hervidero de actividad múltiple y atolondrada: las fraternidades y sus vergonzosas iniciaciones, la FUPI y sus desaforados mítines, el ROTC y sus estruendosas marchas, las matrículas engorrosas, las bajas previsibles, los amoríos melancólicos, la frustración vocacional, la interminable reclasificación...

La inocente desesperación por asirme a algo que me inspirara un mínimo de seguridad, y me proveyera a la vez un lugar más o menos estable en la precaria realidad que se me imponía, fue lo que me llevó a fundar y a inscribir, junto a otros compañeros de juerga, la fraternidad Kappa Nu Sigma; la frivolidad y la falsa hermandad cifrada en el deseo de escarnecer y degradar a quien supuestamente se estima, me espantaron. La insatisfacción me indujo a moverme en otra dirección... ¡Qué de cosas me perdía...! Al pie de la Torre enmudecida presencié conciertos irreverentes de hippies desharrapados y letárgicos, con sus dedos de tijeras en señal de paz y amor... Para aquellos días escuché hablar de las demostraciones masivas en los terrenos de La Princesa en solidaridad

con los compañeros prisioneros que se habían negado a participar en "esa guerra insensata"... La catástrofe no se hizo esperar... fui testigo, como tantos otros universitarios, de las manifestaciones desafiantes y los numerosos disturbios que culminaron en la quema del edificio del ROTC; como consecuencia sobrevinieron brutales encontronazos entre sectores del estudiantado y la Fuerza de Choque, dejando un saldo de varias muertes...

El mundo ardía en candela y yo no podía cruzarme de brazos... Busqué respuestas en círculos de lectura comprometidos con la "lucha", en las Jornadas de Juventud auspiciadas por sacerdotes progresistas dentro de la Iglesia Católica, en núcleos encaminados a realizar labor social y política... Mientras tanto varios de mis mejores amigos, quizá más débiles y aturdidos que yo, sucumbían a la destructiva tentación de la droga, y otros eran arrancados del suelo patrio para combatir por la instauración de "la paz y la democracia" en tierras lejanas...

Ése, sin duda, ha sido el momento más decisivo de mi vida, como estudiante, como ciudadano, como persona. La burbuja flotante en que me hallaba inmerso cedió a las contundentes exigencias del presente turbulento. Se suscitó en mí el devorador apetito de leer, aprender, indagar, participar, reflexionar, es decir, vivir, con todas las alegrías y amarguras que eso conlleva. Asimismo, de una manera natural, sin forzarlo ni sospecharlo, afloró la vocación literaria como arma, como forma de discrepar de la realidad injusta y chata que nos estrangulaba. Así se explica que mis dos primeros

relatos fueran duros alegatos contra los dos problemas que más agobiaban a mi generación: la droga y Vietnam.

Todo lo demás no ha sido sino complemento de las preocupaciones que me han venido acompañando desde entonces. La escuela pública fue una vivencia necesaria y fundamental para reafirmarme en las recién adquiridas actitudes. Como maestro recibía diferimiento del ejército, pero irónicamente debuté en una escuela que le llamaban "Vietnam", y ustedes se imaginarán por qué. Fue un bautismo de fuego pues a los veinte años tuve que vérmelas con todos los problemas y trastornos sociales que de alguna manera azotan a Puerto Rico: droga, alcoholismo, desintegración familiar, prostitución, incesto... y hasta un caso de posesión del demonio que se resolvió con un despojo de emergencia practicado por un maestro que era espiritista "part-time"... Yo que tenía diploma de especialista en Historia debía lidiar con un curso de Español sin textos, un tuco de tiza y un borrador destripado. Esa precariedad, sin embargo, me convino pues me obligaba a inventar mil maneras para interesar a los muchachos en la lectura... Me ayudó también a reorientar mi vocación docente y literaria ya que después de esa rica e inolvidable experiencia reingresé en la IUPI para comenzar estudios en literatura; etapa que concluye años más tarde en el Departamento graduado de Lenguas Romances de la Universidad de Pennsylvania. Según hemos visto, el proceso educativo es continuo y, si estamos en la disposición de aprender, todas las experiencias sirven, de algún modo, para enriquecernos. Dos nuevos elementos intervienen en ese proceso: la enseñanza de

Español a gringos universitarios, "middle class" pararriba, y, por supuesto, los cursos de literatura que tuve que tomar. El primero ha sido provechoso por más de una razón siendo la principal, la oportunidad de ponerme en contacto con representantes de la sociedad norteamericana, aunque fuera esta muestra una porción privilegiada. Allí pude constatar la idea borrosa y prejuiciada que por lo regular se tiene de nosotros en los Estados Unidos. ¿Dónde queda Puerto Rico? ¿Quiénes son los puertorriqueños? ¿Qué realmente hablan? ¿Visten todavía con taparrabos? Recuerdo varias anécdotas que quiero referir rápidamente para que tengan una idea de lo que digo: Par de estudiantes juegan a adivinar mi procedencia: "Usted es... de Argentina..." "No." "Mmmm... de Uruguay..." "No." "Pues entonces es de Chile..." "No. Soy de Puerto Rico". La cara de decepción que los muchachos pusieron es algo que no les puedo reproducir con palabras. Otro. Una aventajada estudiante norteamericana adscrita al programa de Español me sugiere, con toda la buena fe y la ingenuidad que ustedes puedan suponer: "Ustedes debiera marcharze por un tiempo a Madriz, porque azí podrá adquirir el azento que conviene a alguien de zu pozi-zión..." Para terminar con los ejemplos, un alumno escribió este comentario sobre mi persona en la hoja de evaluación de mi curso: "El señor Ramos a pesar de ser puertorriqueño habla muy buen español".

Los cursos graduados suplieron unas lagunas en mis conocimientos de la literatura hispánica. Descubro los fascinantes textos medievales, la desconcertante excelencia de los exponentes del Si-

glo de Oro, y amplió mis perspectivas en lo referente a las letras hispanoamericanas. El tener a mi disposición una biblioteca tan extraordinaria como la Van Pelt me sirvió para manejármelas con soltura en el estudio de otras literaturas. Para mi asombro encontré en sus anaqueles obras de autores puertorriqueños que aquí no se consiguen. Debo destacar de igual manera que mi vocación literaria salió muy beneficiada, pues, sin imaginario, desarrollé uno de los recursos literarios que más satisfacciones me ha brindado como escritor: el de la parodia. Recuerdo cómo me rebelé contra los clásicos que me salían al paso en cada curso que tomaba. Mi dulce venganza consistió en parodiarlos porque así sentía que me pagaban parte del sufrimiento que me causaban. Total, al fin y al cabo, esta rebelión termina siendo una confesión de amor y admiración hacia esos textos eternos que le hablan a los hombres de todas las épocas y lugares. Mi travieso homenaje a Calderón de la Barca, Zeno Gandía, Kafka, Sófocles y otros, consistió en dejar que Papo Impala se encargara de ellos. El ejemplo que les leeré ahora fue el primero de estos ejercicios paródicos (inédito aún), y nació de un comentario que debí hacer frente a un profesor del Siglo de Oro que no comía cuentos. La vida es sueño (Comedia y Auto Sacramental) fue la obra analizada; en privado escribí el texto que me hubiera gustado presentarle a aquel señor:

LA VIDA ES SUEÑO, Según Papo Impala

Na, habla de una mujer que viene desbocá en un caballo y trae agarrao del rabo del corcel, que así es como ellos le dicen, a un incordio de nombre Clarín que es un chiste quitao y otro puesto pero que el individuo se las sabe y se va con el que está trepao y por eso mismo es que le limpian la cacharra al final, por vivo, pero volviendo a lo de orita, está la fulanita ésta, Rosaura encaramá en el potro ajocicao por un risco en medio de un pastizal que mete grima y negro como boca lobo, y se le ocurre asomarse por una torre donde hay un tipo llorando como una nena porque y que lo tienen encerrao y dice que qué carajo ha hecho pa estar así como una monja, si hasta los pescaos y los pájaros y los caballos y la vacas hacen lo que les sale de buen sitio, por qué a él que lleva calzones y habla como la gente lo mangan de esta manera... la cuestión es que el mandulete este, Segismundo que es como se llama, se da cuenta de que alguien lo está ligando y se saca un coño del grande del hirán bison, y Rosaura se escama y lo ve y se ven y se hablan y a to esto Clarín, cagao, y pasan unas cuantas cosas que ahora no recuerdo bien yo sé que un tal Clotaldo, sí, así creo que se llama, tú olvídate que yo me voy a estar inventando nombres por un tubo y siete llaves porque acordarme ahí ahí de tos ellos está del seto... pues el tal Clotaldo oye el escarceo de Rosaura y demás y se arrima y agarra al chistoso y a la mami y ellos no encuentran qué hacerse, pero hablando hablando se averigua por esas cosas de la vida que la chamaquita es hija de Clotaldo que es una especie de guacheman de Segismundo que es un príncipe pero que su pai, el rey, por creer en estrellas y toa esas madres lo encerró desde menor, mi

pana, desde que salió de la barriga de la mai, porque tenía miedo que le saliera perla, pues creo que a la nena, a Rosaura, un listo se la había tirao en Polonia o en uno de esos sitios de por allá botaos, y venía y que a que se le hiciera justicia, tú sabe, por lo menos apellido y la mensualidá pa los pampel y los catarros, entonces ahí Clotaldo se agarró las greñas y empezó con eso de muerto soy y corrido está mi honor y esas pendejás que dicen to esos mangazones cuando la mujer le pega cuernos o cuando le comen a la hija o qué seyoqué, bueno pues la cosa se queda ahí y por otro lao Badillo, que es el rey pai de Segismundo, quiere probar si su hijo está curao o si ha escarmentao con el encierro o si es verdá que las estrellas tenían razón y le dice a Clotaldo que le dé par de ecuaniles a Segismundo pa embobarlo y llevarlo a palacio pa ver qué hace, y mi hermano, pa qué fue eso, el hijueputa despertó con ropae brillo, y con un chorro de alcagüetes echándole fresco con plumas de avestrús y un tincito de bailarinas medio esnúas, viste, pal enyoye y to eso, pero que cuando el hombre se está dando un cubalibre se aparece por allá Rosaura vestía de mujer, porque se me olvidó decirte que antes, cuando lo del caballo y el lloriqueo de Segismundo, ella estaba con ropa de macho por aquello de despistar y no fuera a ser que alguien la tumbara en aquellos pastizales oscuros si la veía con faldas, pues Rosaura venía bien chulita con otra que se llamaba Estela, y ahí Segismundo brincó y pegó a rapiárselas y las chamacas recularon pa seguido, pero en eso Adolfo, primo de Segismundo, se vio en la obligación de sacar mollero frente a las jebas pa que no se dijera, mi pana, y le sale Segismundo de atrás palante

y entonces se mete por el medio un conserje a separarlos y por ahí mismo coge Segismundo y le dice yunior estáte quieto, mira que la cosa no es contigo, pero el tipo siguió jeringando y guapiándose hasta que Segismundo con sus malos cascos lo agarró por los cueros de la barriga y lo zampó de chola desde el segundo piso y después empezó a echárselas y se formó un salpafuera del carajo y en eso vino el pai Badillo y le dijo un montón de cosas a Segismundo y Segismundo que no se le quedaba callao ni a su misma mai le espepitó dos o tres verdades y chúpate ésa en lo que te mondo la otra y por ahí se metió Clotaldo y se llevó también su pescozón y se habló del respeto a las canas pero Segismundo se lo pasaba to por donde no le da el sol, y lo dejo ahí porque estoy cansao... ¿Que siga...? bueno, pues pa terminarlo te diré que al tipo lo ajoyinaron de nuevo en la cárcel embobándolo otra vez, y Clotaldo le dijo que to había sido un sueño y el muy zoquete se lo creyó y empezó a hablar solo como al principio y a prometerse que si tenía otro sueñito de aquellos esa vez lo aprovecharía y no se pondría con brincos pa ver si se le daba el guiso de las mámises en el ambiente bien cul, ¿tú me entiendes?, y en eso se formó un arroz con jueye en el castillo y el hombre salió de la cárcel y terminó peliando contra su mismo pai, mi pana, pero que después de ganarle, en vez de desquitárselas toas, salió perdonando al viejo pícaro, fíjate, claro que con su bolita monga le soltó par de limazos delante de to el mundo, que si deje la bregadera de las estrellas y ponga los ojos acá bajo no sea que le roben las medias sin soltarle los zapatos, y allí el viejo hasta se abochornó cuando oyó aquel pedropicapedra dándole

consejos y no dijo na, y que dijera algo... jum. Entonces Segismundo se casó con Estela, tremendo filetito después de la dieta, y Rosaura mangó al Adolfo guillú aquel y el hombre parece que por miedo a dañar la imagen como dicen por ahí, imagínate con un puesto en palacio y to eso, se comprometió a casarse sin hacer mucho alboroto, porque acá entre nosotros, Rosaura tendría que tener su buena barriguita ya y el bochinche habría sido a nivel de El Imparcial, mira, olvídate de ese caso, mi pana, y por ahí lo voy dejando porque tengo la garganta seca, ahora que si te pagas una fría me invento otro julepe pa seguido.

Un nuevo ciclo me trae por tercera ocasión a la Torre universitaria de la cual parten estas reflexiones. Admito muy a mi pesar que vivimos tiempos de crisis, de una crisis distinta a la que aludí arriba. Observo en muchos profesores y estudiantes una apatía que asusta y que contrasta marcadamente con la delirante participación académica de mis años de estudiante. De otra parte, deseo confesar mi total repudio a la pedantería y arrogancia intelectuales de no pocos claustrales. Se establece así una penosa distancia entre ellos y los alumnos, echándose a perder la interacción indispensable que debe existir en todo proceso educativo. Lamento decir que estos colegas habrán adelantado muchísimo en la obtención de grados y conocimientos, pero se han quedado rezagados en lo que respecta al crecimiento humano.

A mis alumnos yo trato de sensibilizarlos, de que se atrevan a opinar y, sobre todo, a sentir. Que sientan la literatura, la belleza.

Urge entre nosotros una verdadera educación sentimental que sea capaz de neutralizar el escepticismo y materialismo rampantes que nos devora. Es alarmante el desconocimiento general de muchos de mis alumnos, y más que eso, el desdén que sienten hacia la necesidad de subsanar tales deficiencias. Somos testigos de eventos históricos trascendentales en Puerto Rico y en el mundo entero. Como individuos tenemos dos opciones: ser protagonistas o timoratos mirones. Sé que reciben el impacto de presiones de todo tipo... y es más sencillo huir de los problemas que encararlos... Pero confíen de vez en cuando en la intuición... en el sentimiento... Expónganse a la vida... con todos los riesgos que ello supone, y todos los desencuentros que de seguro nos esperan... Después todo, y haciéndome eco de las palabras de Nilita Vientós Gastón, "no se vive para ser feliz, se vive para aprender, para tener sentido de lo hermoso y lo cruel que es vivir, para sentirnos admiradores del gran misterio que el hombre ha tratado siempre de comprender y no lo ha logrado nunca". Gracias por tolerarme y hasta pronto.

Juan Antonio Ramos